

Se había preparado para aquel momento una y mil veces. Sin embargo, al ver que se materializaba, se sintió inseguro. Dejando el ritual en suspenso, se dirigió hacia el forastero bruscamente:

—¡Di ahora mismo quién eres y cómo se llama tu padre!

Los otros reyes murmuraban sorprendidos ante la interrupción. El joven no se inmutó:

—Mi padre adoptivo, el centauro Quirón, me llamaba Jasón. Sin embargo, fui bautizado con el nombre de Diomedes, hijo de Esón.

Pelias se quedó lívido. Se levantó un murmullo general de alarma. Entonces, el rey preguntó a Jasón:

—Dime, forastero, ¿qué harías si un oráculo te anunciara que uno de tus conciudadanos está destinado a destronarte?

Jasón lo miró desconcertado, pero la diosa Hera, que velaba por que todo fuera como ella esperaba, llevó a sus labios las siguientes palabras:

—Lo enviaría a Cólquide a buscar el vellocino de oro*.

—Entonces, forastero, entérate de que estás hablando con el rey Pelias, que ostenta la corona y el trono de Yolco.

Jasón continuó impertérrito:

—Pues precisamente a ti te buscaba para reclamar el trono que usurpaste a su heredero legítimo, mi padre Esón.

Si este acontecimiento hubiera sucedido en otro contexto espacial y temporal, Pelias se hubiera librado de Jasón sin más preámbulos. Pero, por desgracia para él, tenía como testigos a los principales reyes del lugar. Y también por desgracia para él, los reyes presentes estaban de acuerdo en que debían ser respetados los derechos de nacimiento de Jasón.

Sin escapatoria posible, Pelias dijo:

—Serás rey, entonces, cuando me traigas el vellocino de oro.

A simple vista, Jasón había caído en su propia trampa y ahora se vería obligado a viajar en busca del vellocino de oro. Sin embargo, todo formaba parte de los fríos planes de Hera. La cruel diosa había planificado este viaje para que Jasón fuera a buscar el arma

—¿Es que no tienes prudencia, forastero? ¿No te basta con sentarte en el banquete con nosotros y escuchar todo lo que decimos?

Penélope intervino:

—No es decente ultrajar a los huéspedes de Telémaco, Antínoo. ¿Piensas que a este hombre se le ha pasado por la cabeza siquiera la idea de tomarme si consigue tensar el arco?

Uno de los aspirantes fracasados, que se había esforzado muchísimo por tensarlo, respondió agríamente a Penélope:

—No es por eso por lo que nos enfurecemos. ¿Te imaginas qué dirían en todas las regiones si se supiera que algo que ninguno de nosotros ha conseguido lo ha hecho un mendigo? ¡Sería un agravio!

Penélope respondió:

—¿Por qué te preocupa ese agravio? ¿Cómo piensas que hablan de vosotros, que sois una gente que insulta a un rey y devora su casa?

Entonces intervino Telémaco:

—¡Madre! No hay ningún griego que tenga más poder que yo para entregar este arco a quien

quiera. Nadie puede impedir que lo ofrezca a mi huésped si es lo que deseo. Y así lo quiero. Porquero, ¡entrega el arco al forastero! Madre, márchate, pues, a tus habitaciones, que el arco es asunto de hombres y, por encima de todo, asunto mío, que soy quien gobierna esta casa.

Penélope, sorprendida al oírle decir aquellas palabras, se retiró.

LA MATANZA DE LOS PRETENDIENTES

El porquero entregó el arco al mendigo en medio de una lluvia de gritos de desaprobación. Los pretendientes estaban tan atentos a lo que se desarrollaba ante sus ojos que no se dieron cuenta de que la nodriza Euriclea cerraba todas las puertas de la estancia y que también habían sido selladas todas las que daban al exterior. La matanza estaba a punto de iniciarse.

Con hábiles movimientos, Odiseo volteó el arco y lo probó para asegurarse de que no había sido tomado por la carcoma.

Los pretendientes lo observaban sorprendidos de su pericia. Entonces, Odiseo levantó el arco y